



De Saavedra

Juan López Inglesias

Érase una vez un sarraceno llamado Ghali, vivía en lo que hoy conocemos como Castellar de la Frontera. Era el año 1445, y este joven comerciante se encontraba subiendo a las afueras del castillo. Venía de reunirse con unos pescadores y otros comerciantes de Yabal Tariq. Había estado tratando con ellos varios productos como especias, aceite y pescado. Este último era el que Ghali llevaba hacia el castillo. Con resignación, lo llevaba en una carreta de la que tiraba a duras penas.

Miraba el castillo sobre él, a veces lo perdía de vista debido a los alcornoques, pero siempre volvía a aparecer, con esas murallas imponentes y las torres y terrazas en distintos puntos del castillo. El sol de levante iluminaba el castillo por completo e incluso creyó ver a alguien en la torre de la casa de los señores. En otras circunstancias, Ghali se hubiese parado a reflexionar acerca de qué le parecía el creciente control de los cristianos en Castellar, no lograba formar una opinión certera sobre Juan de Saavedra. Pero tal y como he dicho, no eran las circunstancias para pensar en ello. En ese momento Ghali sólo era capaz de pensar en la peste que echaba ese pescado.

—No podía tocarme vender flores —se dijo—. Tenía que ser pescado...

Para colmo, el carro que llevaba se acababa de quedar atascado. Ghali puso los ojos en blanco y luego se quedó mirando a la nada, entre los árboles. Por un momento pensó en desviarse al Guadarranque y darse un pequeño baño. Sin embargo, había quedado con su amiga Assilem, que le había encargado parte del pescado que llevaba, por lo que desatascó la rueda que estaba dando problemas y remontó el caminó.

Una vez llegó al castillo y entró en él, su expresión cambió, agradeció la sombra de las murallas. Un soplo de aire fresco parecía provenir de las calles y, alegramente, Ghali se introdujo en ellas. Sin pensar, giraba en cada esquina que debía hacerlo, saludaba a quien se cruzaba, todo aquello que estaba habituado a hacer. Al cruzar una esquina, se encontró de frente con una chica, otra sarracena, con quien por poco se choca.

—¡Ay! ¡Ah, pero si eres tú! —exclamó la chica, que era Assilem—. ¡Qué pronto has llegado!



Este comentario fue algo que dibujó una plena sonrisa en la cara de Ghali, después del trabajo que le había costado, lo agradeció mucho.

—Vamos rápido, que hoy está la gente un poco revuelta. No sé qué han dicho que hoy no va a salir Fernando.

—¿No está Fernando? —preguntó Ghali riendo—. Pues ya verás que hoy pasa algo.

—Con su mala suerte... seguro —le contestó Assilem siguiéndole la broma.

Frente a las puertas de la vivienda había ya varios comerciantes y cuchicheaban entre ellos lo que pasaba.

—¡Ha muerto Juan! —exclamó uno.

—¿Cómo se va a morir si acaban de llegar? —se rio otro.

—¿Y eso que tiene que ver? Como si pudiera elegir uno cuando se muere —le contestó.

—No os enteráis de nada —les recriminaba otro sarraceno—. Juan ha ido a Sevilla porque le iban a dar allí una alcaldía.

Todos evidenciaron que lo habían entendido al unísono con una exclamación.

—Francisco habrá ido allí para ver si puede rascar algo —bromeó Ghali.

Todos volvieron a reír, y entonces las puertas se abrieron. Tras ellas apareció Francisco, un sobrino de Juan. Unos pasos por detrás suya le seguía una muchacha. Cuando fue vista por todos, las risas y el tumulto aumentaron.

—¡Vaya! Pero que contentos están hoy —comentó Francisco, algo condescendiente.

El ruido pasó a murmullo y Francisco se dedicó a hablar con los sarracenos respecto a lo que traían y a susurrarle cosas a la muchacha que le acompañaba. Cuando llegó a la altura de Assilem, Ghali observó cómo mantuvo una conversación con ella, le realizó bastantes preguntas de hecho. Sin embargo, su atención no estaba en lo que hablaban. Hubiese sido incapaz de reconstruir una palabra de lo que hablaron. Su atención estaba puesta en la joven que observaba y callaba. Se fijó en su rostro, en su pelo castaño.



Le encontró un parecido evidente con Francisco, así como con Fernando, por lo que supuso que era una de las hijas menores de Juan de Saavedra. Con la atención puesta en ella, oyó que Francisco le habló y pronunció su nombre, María.

—María de Saavedra —susurró Ghali.

A pesar de que Ghali dijera esto prácticamente para sus adentros, ella pareció oírle. María entornó los ojos hacia él. Así Ghali pudo observar cómo su mirada verde se clavaba en él. Ghali se dio cuenta de que le había oído y sonrió tímidamente. Ella siguió observándole e, igualmente, una media sonrisa apareció en su rostro. Su primo, había terminado de hablar con Assilem y continuó hasta llegar a Ghali. Este irguió el cuello y se puso derecho para recibir a Francisco. El cristiano, sin embargo, no le dijo nada. Le miró por un momento, de arriba abajo, y miró el pescado. Se giró a María, pero esta vez no le susurró nada, sino que, en voz alta dijo:

—No siempre huelen tan mal.

Tras decir esto, él fue el único en reírse. María apenas le sonrió. Le había incomodado aquel comentario, más aún al ver que había molestado a Ghali.

Cuando Francisco comenzó a recorrer el camino de vuelta, María le siguió, negaba levemente con la cabeza. Finalmente, volvió a mirar a Ghali y con un hilo de voz, que a él le pareció la voz más hermosa del mundo, se despidió.

Varias horas más tarde, Ghali hablaba con los demás comerciantes y con Assilem sobre lo que había sucedido. Juan Arias de Saavedra había sido el señor cristiano que había liderado la conquista de Castellar. Por esta, obtuvo el señorío de la misma. Además del señorío de Castellar, fue también señor de El Viso y ostentó cargos como el de corregidor de Jerez o alcaide de Alcalá de Guadaira y de Jimena, cuya invasión fue organizada por él, desde Castellar de la Frontera. Sin embargo, el tema de conversación de la tarde no estaba tan centrado en las desventuras y los tejemanejes políticos y señoriales de Juan de Saavedra. La conversación giraba en torno a María.

—Si está comenzado a salir y a que la vean es para que coja algo de fama —opinó un sarraceno.



—Eso he pensado yo —dijo otro—. Hicieron lo mismo con Juana y con Catalina.

—Y me parece que les fue bastante bien, ¿no? —volvió a decir el primero.

—Sí, por lo que sé, a Juana la casaron bien —comentó Assilem—. Un tal Diego de Cervantes.

—¿Cómo sabes esas cosas? — preguntó Ghali—. Estás al tanto de todo, es increíble.

—Diego de Cervantes, comendador de la Orden de Santiago —puntualizó Assilem alzando el dedo índice.

—La cantidad de cosas que tienen los cristianos para lo que sea —dijo un sarraceno.

Una pequeña risa generalizada se contagió de unos a otros.

—Yo con lo que más disfruto es con los nombres —comenzó a decir Ghali—. El señor: Juan, su hijo mayor también Juan, y su hija mayor, Juana.

Assilem rio a carcajadas y la pequeña tímida risa de antes pasó a ser alta y aún más generalizada.

—¡Es verdad, es verdad! —decían continuamente mientras reían.

Finalmente, se retiraron. Ghali y Assilem caminaban en la misma dirección. Ya que entre ellos había más confianza, este le confesó el flechazo que tuvo con María de Saavedra. Al principio Assilem no le creía. Creía que seguía de broma, pero la insistencia de su amigo concluyó en que le creyera.

—Tú que lo sabes todo —le dijo—. ¿Dónde crees que podré verla de nuevo?

—¿De verdad estás pensando en hacer algo? —preguntó Assilem seriamente—. Si es casi un milagro que podamos estar aquí.

Ghali permaneció en silencio, el cual se tradujo en una clara afirmación.

—Podemos estar aquí aún porque les interesa. En el momento en el que les deje de interesar... —reflexionó Assilem.

Ahora callaron los dos, ambos sabían que muy posiblemente podría ocurrir lo que Assilem hacía referencia. Mientras hablaban, lo hacían mirando al suelo y mirándose entre ellos.



Pero este silencio hizo que aquello se incomodara. Assilem orientó su mirada hacia la parte alta del castillo, gesto que imitó Ghali. Desde arriba del todo se veía Yabal Tariq, frente al Sultanato Benimerín tras el Estrecho. Assilem observaba las almenas, tan características, cuadradas y triangulares en cada esquina del castillo. Esa torre, por encima de los tejados de todas las casas. Luego miró hacia la profundidad de las calles, calles estrechas, y casas cada una de una forma, hechas como cada familia había podido hacerlas.

—Y lo quieren llamar restauración — rompió Assilem el silencio—. ¿Restauración de qué?

Tras esto, se pasó las manos por la cara y se restregó un poco los ojos, animando el tono de voz e incluso la expresión de su rostro continuó:

—Pero bueno, a ver, Ghali, imagino que si quieren casar a María saldrá también de su Castellar, por lo que tal vez la veas seguramente entrando y saliendo, o incluso cerca del Guadarranque.

Ghali comenzó a asentir con la cabeza, se llevó un dedo a los labios, como si fuese a decir algo.

Assilem notó como las ideas se le venían a la mente, el joven asintió con el mismo dedo que se había llevado a la boca. Rápidamente se despidió de su amiga para desaparecer entre las calles.

Ghali pasó los días siguientes intentado ver a María, trató de enterarse de todo lo que hacía el señor y sus hijos. Los demás sarracenos le acusaron de querer quitarles sus negocios, pero él les echaba poca cuenta a aquellos comentarios. Tras una semana, consiguió averiguar que María había ido a Jimena, y que regresaría al atardecer. Decidido, Ghali se pasó el día buscando las flores con mejor olor que pudo encontrar y aguardó escondido el regreso de la hija del señor.

Al cabo de un tiempo, María apareció, acompañada de una de sus hermanas y un escolta. Ghali, sin intención de alarmar ni de asustar a nadie, salió lentamente de su escondite. El escolta, algo sobresaltado por la repentina aparición del sarraceno, adoptó una posición defensiva, colocándose delante de las hijas del señor cristiano.



—Tranquilo —musitó María, que había reconocido a Ghali.

Ghali avanzó hacia ellos despacio, incluso alzó un poco las manos, mostrando que era inofensivo. Era evidente contemplar que el muchacho no tenía ningún tipo de malas intenciones. Habiendo levantado levemente los brazos y las manos, el ramo de flores que portaba quedó a la vista de las otras tres personas que allí se encontraban. Ninguno de los cristianos dijo una palabra hasta que por fin Ghali rompió el silencio.

—Rogaría un momento para hablar con mi señora.

El escolta y su hermana miraron a María. Ella miró a Ghali y luego a los otros dos, tras esto asintió. Observó la cara de incredulidad de su hermana.

—Está bien, Leonor —confirmó.

Así pues, ambos se retiraron apenas unos metros, dejando a Ghali y a María relativamente a solas.

María, que iba montada a caballo, como sus acompañantes, se acercó al sarraceno, que también dio unos pasos en su dirección.

—Gracias —le dijo Ghali.

La joven cristiana, envuelta en ropajes blancos, contrastaba con el verde del bosque en el que se encontraban, pero no con el verde de sus ojos. Ojos en los que Ghali miraba profundamente intentando averiguar el motivo de su enamoramiento. María desvió su mirada hacia abajo, volviendo a esconder los ojos tras su flequillo. En este momento, Ghali reaccionó. Miró al ramo de flores que llevaba y lo mostró ante sí. Acomodó las flores que estaban algo más sueltas que el conjunto.

—Es verdad lo que dijo tu hermano, no siempre olemos tan mal.

Tras decir esto, le ofreció el ramo de flores. María notaba la mirada de su hermana y del escolta clavadas en ellos. Como esa sensación que a veces se tiene de que alguien te está observando, pero multiplicada por diez. No por ello, María aceptó el ramo de buena gana. Incluso, al cogerlo, mostró una breve reverencia hacia el sarraceno. Aunque esta fue algo torpe, pues desde el caballo hizo que se desequilibrase ligeramente, y con una mano tuviese que agarrar las riendas.



Este gesto sacó una sonrisa tanto a ella como a él.

—¿Cómo te llamas? —preguntó María desviando la atención de sí.

—Ghali —le anunció.

La joven asintió, como tratando de recordar el nombre. Quería darle las gracias por el ramo, pero no veía apropiado que ella hablase, por lo que permaneció en silencio hasta que, de nuevo, Ghali volvió a hablar.

—Mi señora... —la voz se le quebró mientras titubeaba en qué decir a continuación.

Se recompuso como pudo la garganta, sonrió y se sonrojó. Bajó la mirada al suelo y a continuación miró al caballo.

—Es en realidad usted hábil con el caballo —dijo—. Personalmente, no sería capaz de aprender.

—Seguro que sería más que capaz —respondió María cortésmente.

—Quizás aprenda algún día —comentó—. Cuando tenga más dinero me gustaría hacerme con uno.

—Llegado ese momento también necesitarás a alguien que te enseñe —dijo María.

—Ciento, no había caído en ello —le dio la razón Ghali.

La conversación posiblemente podría haber continuado, pero el escolta aclaró su garganta en unos de esos claros gestos cuando quieres llamar la atención de algo. Entonces, María y Ghali detuvieron su charla.

—Debería irme ya —acordó María.

Ghali asintió. María ya se disponía a dirigirse hacia donde estaban sus acompañantes cuando Ghali le preguntó:

—¿Podré volver a verte?

María giró su cabeza hacia él.

—Muchas gracias por el ramo, Ghali —le contestó.

Ya junto a su hermana y el escolta, retomaron el camino hacia Castellar, mientras que Ghali permaneció un rato donde estaba.



Pasó unos minutos reviviendo una y otra vez lo sucedido en su cabeza, intentando descifrar algo que se le hubiese pasado por alto, cualquier detalle, por pequeño que fuese. Este estado de ensimismamiento fue interrumpido por un corzo que cruzó delante suya. Este frenó al verlo, olisqueó su entorno durante unos segundos y continuó su camino.

—Si es que lo he dicho, no huelo tan mal —dijo.

Tras lo ocurrido, Ghali tomó camino de nuevo también hacia Castellar. En el trayecto agradeció que se hubiese quedado allí durante un tiempo. Así no coincidiría de nuevo con ellos, ya que hubiese resultado bastante incómodo para todos. Con el tiempo que había pasado, y teniendo en cuenta que ellos se movían a caballo, dedujo que de ninguna forma se encontrarían. Y así fue, y no por la celeridad que movía al joven sarraceno. Este, a paso ligero, marcó su destino a casa de Assilem. Ella formaba parte, como él, de los pocos sarracenos que aun vivían en Castellar. La mayoría, con la llegada de los cristianos, se trasladaron a Granada o a Yabal Tariq. Muchos de ellos sabían que otros muchos cristianos no querían a musulmanes en sus tierras.

Les preocupaba, como a él, que los expulsasen o que esa opinión se impusiera. Pensaba que, si aún seguía en Castellar y no había tenido verdaderamente problemas, se debía a que en algún momento intentarían realizar una conversión al cristianismo de los sarracenos más jóvenes. Había oído que más adentro de la península ya había ocurrido. De hecho, para Ghali, esta opción no le parecía algo tan malo, si así podía permanecer en Castellar.

La casa de Assilem estaba en una pequeña calle sin salida, en la esquina de esta callejuela, desde fuera se veía muy pequeña y estrecha, y en efecto era así. La puerta, pintada de un fuerte azul, llamaba la atención con respecto al resto de la fachada. Ghali se acercó a ella. Había estado en esa casa muchas veces y sabía que en ocasiones dejaba la puerta encajada. Sin embargo, en esta ocasión no lo estaba. Una vez hubo llamado, Assilem le abrió y le invitó a entrar.

Ghali le contó todo lo que había ocurrido, Assilem le oía sin estar muy segura de qué decir, ni siquiera de qué opinar.



Una mueca de incertidumbre se mostraba en la cara de la sarracena, pero su expresión y sensación no era ni captada ni compartida por Ghali. El joven estaba inmerso en contar su historia y no paró en darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Ni había sido capaz de darse cuenta de otra serie de cosas que en seguida conocerás. Esto mismo era lo que pensaba Assilem, ¿tal vez era ella la que no había sido capaz de mostrarlo?, ¿él no se daba cuenta realmente?

Assilem se quedó abstraída pensando en las múltiples posibilidades de lo que podría pasar. En todos y cada uno de los escenarios. En apenas unos segundos perdió el hilo de todo lo que Ghali le había estado contando. Hasta que oyó de boca de Ghali:

*Serviría a mi buen señor cristiano
si de su hija me permitiese la mano*

—¿Qué? —dijo Assilem volviendo en sí —. Espera. ¿Qué?

—Es bueno, eh. Ahora mismo se me acaba de ocurrir —dijo él.

—Pero... ¿vas en serio? —preguntó la joven.

Ghali se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Seguiría en Castellar, podría seguir con mi vida —explicó. Por no hablar de ella, que es el principal motivo probablemente.

Assilem se quedó impactada al oír aquello último. No lograba comprender la rapidez con la que Ghali había desarrollado esos sentimientos que decía por María de Saavedra.

—Además, es la sexta hija de Juan, si fuera la mayor de todos los hermanos, o la primera hija... pero es la cuarta hija, la sexta de siete —continuó—. No sé siquiera si su padre sabe quién es.

Por su parte, Ghali, al ver que no recibía el entusiasmo que normalmente acompañaba a su amiga se excusó para irse, no sin antes decir que le daría alguna vuelta más a ese poema.

Sería interesante seguir con lo que Ghali hizo tras despedirse de Assilem. El muchacho, decidido, se dispuso a buscar a María de Saavedra y mostrarle sus ideas. Pero no es eso en lo que debemos centrarnos.



Una vez el sarraceno se fue, Assilem permaneció un rato sentada, no sabría bien si decir una eternidad o apenas unos segundos. Fuese el tiempo que fuese, le dio tiempo para maldecirse una y mil veces. Recordó las tantas ocasiones en las que se lo podría haber dicho a Ghali.

Desde que lo conoció, su entusiasmo, su pasión por todo lo que hacía le había maravillado, se sentía siempre cómoda con él. Esa comodidad que le hacía falta a ella misma para tomar las decisiones que siempre postergaba indefinidamente. Assilem nunca había sido capaz de aceptar los sentimientos que tenía por Ghali. La forma en la que oyó cómo decía que era el principal motivo, así como que estaba dispuesto a cambiar su vida por completo, le hizo darse cuenta de que eso mismo era lo que le estaba pasando a ella. Tan solo cambiaba que Ghali se disponía a ello, ella ya lo estaba haciendo. Seguía en Castellar porque estaba él, había construido su futuro en torno a él.

Ya se había hecho tarde, adentrada la noche, Assilem seguía pensando una y otra vez, sin tener ya claro ni siquiera en qué pensar, por lo que decidió salir y pasear para despejarse.

De forma automática dejaba atrás una calle tras otra, hasta que llegó a un hueco entre calles. Este era un balcón en el que los vecinos de Castellar arrojaban las aguas fecales y residuales. El balcón daba a una gran roca que deslizaba lo arrojado bajo la montaña. Como cabe imaginar, el olor que allí había no era el más agradable. Pocas veces pasaba por allí, solo para lo necesario, como cualquier otro vecino. Sin embargo, cuando pasó junto al balcón oyó un leve llanto y vio a una mujer, de espaldas, asomada al balcón.

Assilem se detuvo, no supo si acercarse a ella o seguir su camino. Tras un titubeo de unos segundos optó por aproximarse. Su sorpresa se produjo cuando al estar a apenas unos pasos reconoció quién era, pues se trataba de María de Saavedra. Ahora sí que no podía ignorar la situación.

—¿Mi señora?

La cristiana se sobresaltó por la repentina aparición de alguien tras ella. Al ver a Assilem no supo quién era, se recompuso lo más rápido que pudo y se secó algunas lágrimas que aun permanecían en sus mejillas.



—¿Está usted bien? —preguntó Assilem.

—S-sí —le respondió encogiéndose de hombros.

Por las señales que transmitía estaba claro que su respuesta no era verdad, ella misma lo sabía. Assilem podía intuir qué era lo que ocurría, pero no quería preguntarle directamente por ello. Sin embargo, fue María la que comenzó a hablar y explicar lo que sucedía.

—Seguro que pensará que de qué tengo que quejarme —dijo la hija del señor—. Aun con todo, después de todo lo que ha pasado los últimos años...

—Usted no tiene ninguna responsabilidad de todo ello —le dijo Assilem.

—No, lo sé. Ni opción —puntualizó María.

A continuación, desvió la mirada de la sarracena y siguió hablando:

—En realidad, aun con todo, en parte os envidio. No por que seáis musulmana o cristiana, sino que sois libre de hacer lo que queráis hacer.

Assilem pensó en lo irónico que era que María de Saavedra le dijese que le envidiaba, la misma a la que ella envidiaba por ser receptora de aquello que ella tanto anhelaba.

—Bueno... —comentó la sarracena.

—Sí, lo sois —le contestó María—. Podéis elegir la vida que quiera tener, con quien estar o a dónde ir. Si por mi fuese, ahora mismo, me iría a Gibraltar, comenzar una nueva vida...

María dejó de hablar, no sabía cómo continuar, se llevó una mano a la frente mientras se la frotaba y seguía pensando. Mientras tanto, Assilem también se había quedado algo reflexiva.

—¿Gibraltar...? —pronunció Assilem.

—Ermm... ¿Yabal Tariq? —intentó María.

—Sí, sí. Lo sé. Es que no es por negarle lo que dice, mi señora, pero no somos tan libres como usted piensa —le explicó Assilem—. Aunque sí que podría comenzar de nuevo...



—No sé qué es lo que le ocurrirá a usted —dijo la cristiana—. Yo no puedo hacer aquello que me gustaría, y no sé qué voy a hacer. No me lo pensaría si pudiera.

Assilem pensó que quizás Ghali ya había vuelto a tener un encuentro con María, pero nuevamente no iba a preguntárselo o ni tan siquiera nombrar a Ghali o nada de lo que le ocurría. En realidad, ni una palabra más fue intercambiada entre las dos jóvenes.

Permanecieron un rato en silencio, María de Saavedra mostraba evidentes mejores síntomas, Assilem siendo consciente de ello, le hizo una leve reverencia a María y se fue de vuelta a casa.

El camino de vuelta a casa sería, de hecho, el último que realizaría. Sin decir una palabra, Assilem recogió sus cosas y salió de Castellar. Para su infortunio que se encontró con un Ghali que también estaba en las puertas. Ya comenzaba a amanecer, Ghali comenzaba sus tareas y le sorprendió verla allí. La expresión en el rostro de Assilem hizo que este se acercara a ella, apenas unos metros.

Ella intentaba no mirarle, hasta que, finalmente, cuando no tuvo más remedio le miró, por última vez. Él no entendía nada. No decían nada, solo se miraban. Uno con incomprendimiento y otra comprendiéndolo todo. Antes de continuar su camino, Assilem echó un último vistazo a la torre de la casa del señor. Realmente intentó despedirse, pero no lograba decir nada. Nunca había logrado decirle algo, y en ese momento, al final, tampoco pudo.

Assilem se dirigió a Yabal Tariq, allí permaneció un tiempo hasta que se trasladó definitivamente a Argel donde pasó el resto de su vida. Por suerte para ella, dejó Yabal Tariq mucho antes del 1462, cuando los cristianos se hicieron con el territorio.

Por su parte, Ghali se llevó mucho tiempo sin conseguir descifrar qué fue lo que le pasó a Assilem. Él no paró en su objetivo de acercarse a María de Saavedra, se convirtió al cristianismo y pasó a formar parte de la hueste de Juan Arias de Saavedra “el Famoso”, como era conocido.



Sin embargo, esto se tornó en su desgracia, en 1448 Juan de Saavedra y su hueste, en la que se encontraba Ghali, fueron atacados por sarracenos y Ghali murió en esa ofensiva. Resultado de esta fue también que Juan de Saavedra tuviese que dejar a dos de sus hijas como rehenes de los sarracenos, una de ellas María, que fue liberada posteriormente.

En Castellar de la Frontera, el señorío de Juan Arias de Saavedra pasó a su segundo hijo, Fernando, ya que el primero, Juan, murió muy joven. El hijo de Fernando, también llamado Juan, conseguiría elevar el estatus nobiliario de Castellar de la Frontera a Condado en 1539.



Fig. 14. Castellar Viejo vista desde arriba. (Créditos de la imagen: ABC de Sevilla)



OTRAS CURIOSIDADES

EL PATIO COLORAO